

SUBSCRIPCIONES
MADRID: 1.50 4.50 9.00 13.50
PORTUGAL: 2.00 6.00 12.00 18.00
LONDRES: 2.50 7.50 15.00 22.50
...
VENTA
Por 25: 25 números, 75 centimos de peseta.
...
AÑO XX—CUARTA ÉPOCA

EL GLOBO

DIARIO ILUSTRADO
POLÍTICO, CIENTÍFICO Y LITERARIO

ANUNCIOS
...
REMITIDOS
...
APARTADO NÚM. 31

Jueves 1.º de Febrero de 1894

MADRID—NÚM. 6.657

NUESTRO GRABADO

La bella columna de granito que aún se conserva en Alejandría, ha llamado siempre la atención de los arqueólogos. A pesar de los estudios que sobre las diferentes partes del monumento se han hecho, no ha podido precisarse el nombre del emperador romano en honor de quien se levantó la columna.
La tradición, como bien a los clásicos le indicaba el nombre que nos ha legado, atribuye a Pompeyo esta gloria, pero no falta quien asegura, fundado en cierta inscripción grabada en el pedestal, que fue Septimio Severo el héroe del secular recuerdo. Hay que advertir, sin embargo, que la inscripción en que fundan sus opiniones los sabios, está ilegible, y con esto queda dicho que son aventurados y falsos de base todos los juicios emitidos.
Todas las partes del monumento son de granito, aunque no del mismo color, y mide una altura total de 28 metros.
El capitel, aunque fuertemente modelado, recuerda el estilo corintio; el resto de la columna pertenece a diferentes edades.
Recuerdo mudo de las glorias de aquel imperio, un día dominador del mundo, sus aceros granitos resistieron mejor que el trono la decadencia. Por eso merece respeto y veneración esa severa y majestuosa columna, eterno homenaje de un pueblo que quiso honrar la memoria de un caudillo escribiendo su nombre en la indeleble página de piedra.

LA DICHA

Y ¿qué es la dicha?—me preguntan.
Nada tan complejo como este concepto, ni tan difícil de definir por esta razón.
Cada cual considera a su modo la dicha, y a menudo el ideal que de ella tenemos se transforma y cambia.
Difícil sería hallar dos personas que considerasen del mismo modo la manera de ser dichoso, y, sin embargo, la dicha como la verdad, la belleza y la bondad, tiene en su naturaleza algo de absoluto y real que está por encima de cuantas apreciaciones de ella existen.
Así como lo bello lo será aunque carezca de admiradores, del mismo modo que la verdad lo es aunque esté desconocida, y la bondad no necesita premio ni encomio para valer lo que vale, así la dicha es una, única, indisoluble.
El hecho de que solemos poseerla sin tener conciencia de ello y por lo mismo sin gozarnos, así como la circunstancia, no muy rara, de considerarnos dichosos en ocasiones con lo que debiera constituir nuestra desdicha, nada prueba en su contra ni en nada la empuja.
Para toda razón recta, como para todo corazón sano, la dicha es una sola.
El hombre, en su compleja naturaleza, puede conocer y distinguir parte, de esta dicha que estará constituida por su conjunto completo.
La posesión libre y consciente de todas sus facultades humanas, la armonía entre ellas y la conciencia íntima del deber cumplido, es la única y sola dicha que al ser humano le cabe sentir y gozar en la tierra.
Y no por considerarla sola y única la supongo escasa y de poco valor, como suele asegurarse. Nada de esto; creo, por el contrario, tengo el firme convencimiento que esta felicidad es cuanto cabe en nuestro ser, y que para experimentar otra superior, serían necesarias mayores facultades que las del hombre para comprenderla y sentirla.
El cuerpo sano, robusto y fuerte, halla en la naturaleza cuanto le menester para su sustento y honesto regalo. Únicamente al refinar sus gustos, saliendo del cauce natural que sus necesidades exigen, es cuando nace la dificultad de adquisición y la encarnizada lucha por la posesión.
La enfermedad del cuerpo constituye el mal: la desdicha física es individual, por lo tanto. Y si bien nuestro cuerpo está sujeto a cambios de salud, no lo es menos que esta puede perfeccionarse y hacerse más estable y duradera cuando nos acogemos al amparo de esos dos poderosísimos ángeles guardianes que el hombre bautizó con los venerandos nombres de Higiene y Moral.
Todo espíritu libre y sano halla a su paso, a su alrededor y alcance el medio de nutrirse y perfeccionarse, lo que constituye la felicidad del alma.
Quien tiene la libertad de obrar bien y la conciencia de haber cumplido con esta ley natural, es un hombre feliz, psíquicamente considerado.
Ciertamente el error le rodea con sus heladas brumas, y el mal le acecha con sus envenenados dardos, pero contra el primero posee la luminosa antorcha de su razón, y el segundo le combate siempre el bálsamo dulcísimo de la caridad y el fuego santo del perdón, tendencias tan naturales en el alma como lo es la estación bipeda al cuerpo humano, como a la vida lo es el movimiento y el cambio constantes.
La felicidad humana no consiste en cualquiera de las ya descriptas exclusivamente, sino en la reunión de entrambas unidas por los lazos del fraternal afecto que caracteriza la unión psico-física del hombre. No puedo concebir la dicha del alma cuando el cuerpo gime (como tal dicha humana) ni cabrá jamás en mi mente la posibilidad del goce contrario a mi conciencia moral.
Tan desdichado juzgo yo al enfermo del cuerpo, como al malvado o al idiota. Todos ellos son seres incompletos e incapaces de cumplir su misión de seres humanos.
La dicha no debe ser la meta de nuestras aspiraciones; es, sí, el resultado de nuestro perfeccionamiento.
La reflexión que que naturaleza nos distinguó de los demás seres inteligentes, nos

muestra hasta la evidencia, que todos los demás motivos de queja que el nombre alega para probar su desdicha, sólo son imaginarias desventuras, que sólo pueden preocupar a espíritus pobres o empujados.
A menudo, dice un pensador, buscamos la dicha como solemos buscar el sombrero que sobre la cabeza llevamos. Este hecho, tan bien observado, me parece que se repite más de lo que creemos.
¿Cuántas veces el hombre se afana por conseguir lo que ha de hacerle infeliz?
¿Cuántas otras desprecia o desconoce la felicidad que le rodea y se lanza en pos de la desdicha que le huye?
¿Insensato el que abandona los puros ideales que la naturaleza puso en su alma, por los que la sociedad le dicta?
¿Insensato y loco quien desconoce que es en sí donde reside toda felicidad, y que de sus acciones ha de brotar la salud de todo su ser, la paz de su espíritu?
¿Es este el verdadero concepto de la dicha?

JESUSA DE GRANDA Y LABIN



COLUMNA DE POMPEYO EN ALEJANDRÍA

EL PASADO ANTE EL PRESENTE

(CONCLUSIÓN.)

En presencia de la Historia hemos visto que los tiempos venturosos que tanto oímos elogiar a los indócitos, sólo han existido en la imaginación calenturienta de los soñadores y copleros, y de todo lo dicho se deduce que, a pesar de nuestras lamentaciones por las desgracias que nos afligen, debemos estar contentos por no haber nacido en los siglos anteriores y habernos librado de las grandes calamidades que llovieron sobre España durante todos ellos.
En el terreno político todo era intriga, en el religioso hipocresía y en el moral corrupción e ignorancia.

altos ideales y formando los más filosóficos sistemas; divulgándose, mediante el libro, la idea de que los pueblos son libres y de que no deben pasar de unas manos a otras, cedidos o vendidos como rebaños de carneros.
En Italia, más que en ninguna otra parte, había tomado el espíritu revolucionario un aspecto redentor que animaban con sus obras Mazzarini y Gioverti; a la vez que Balmes y Donoso Cortés lo difundían por España.
Muerto Gregorio XVI, poco a propósito para realizar los ensueños de estos filósofos, vino a reinar el Papa que se le llamó Pío IX: benigno, dulce y generoso. Este llegó a figurarse un nuevo Moisés o un Julio II, a la moderna, ganoso de libertar a su patria; se puso al frente de las nuevas ideas, y el entusiasmo católico-revolucionario no tardó entonces en salvar la frontera. Por toda Europa resonaron himnos de placer y gritos de entusiasmo en honor del justo y liberal soberano de Roma, y los ardientes revolucionarios

Confundiendo a la persona con las ideas que representaba, casi todos los demócratas se hicieron anti-católicos, y los revolucionarios siguieron apartados de la Religión, no por mero capricho, sino obligados como se ve por la fuerza de las circunstancias, hasta que, gracias a León XIII, esta aparente divergencia va desapareciendo de día en día, y no tardará en desaparecer por completo; máxime cuando ha desaparecido ya una de las causas que más contribuían a sostener la discordia.
Aludo al poder temporal de los Papas, más perjudicial que ventajoso para el bien de la Iglesia. En efecto, la relativa pequeñez de los Estados Pontificios, hacia que necesitaran siempre del apoyo de otra nación, y como a cambio de este, utilizase la protectora, influencia del Vaticano, resultaba coartada la independencia del Padre Santo, y el interés del dominio temporal antepuesto al espiritual, con grave daño de los pueblos y de la

propia Religión. Obviando a esta política vemos que Gregorio XVI se negó a reconocer el Gobierno liberal de España, ni más ni menos que porque su señora el Austria se lo impedía, y todas nuestras gestiones fueron ineficaces para lograr nuestros deseos.
Despojados hoy del estorbo de un pedazo de tierra, suponen muchos ilusos que se les ha merma el poder a los sucesores de San Pedro; pero, si nos paramos a reflexionar, comprenderemos que el Papa es más libre encerrado en su palacio que pudo serlo ayer convertido en rey de la tierra.
La falta de reflexión nos lleva constantemente a formar absurdos juicios, y lo mismo que de los asuntos religiosos, se halla de los sociales y políticos, sin otro fundamento que las exterioridades; así, creyendo al ferrocarril, al telégrafo y a la civilización, en suma, la ruina de los pueblos y el desmoronamiento de las costumbres, cuando a los elementos se debe el exterminio de la esclavitud y nuestra mayor felicidad.
El lujo, por ejemplo, en el vestir que se nota en todas las clases, y con especialidad en la obrera, es considerado por el vulgo como síntoma de corrupción, y precisamente es el mejor síntoma de que el progreso material nos alcanza a todos.
El antiguo bracerío no tenía con su misero jornal, ni para atender a los alimentos de su familia; y como las tierras estaban incultas, la mayoría de los obreros no hallaban trabajo, y necesitaban vivir de la mendicidad, era imposible que tuvieran para cubrir su cuerpo otra cosa que harapos. Si hoy viven con cierto lujo, es primero porque el ferrocarril facilita el comercio y disminuye el precio de los productos aumentando los jornales; segundo, porque ya se cultivan las inmensas fincas que antes eran vírgenes, y tercero porque con el acrecentamiento de la riqueza, se hace más barata la vida.
Otra de las circunstancias que concurren, para que muchos crean que nuestro estado presente es peor que el pasado, obedece a su hoja de papel, que se llama periódico, y que tiene millones de ejemplares, y de lenguas, que por todas partes van viendo y publicando lo tanto ocurre en el día, lo mismo en el palacio que en la choza.

Los que desconocen los bárbaros acontecimientos del tiempo transcurrido se horrorizan al leer los crímenes que hoy se cometen, las sublevaciones de obreros y las revoluciones políticas, sin tener en cuenta que por cada acto punible que ahora ocurre, se cometían ayer cien o más muchos mayores y más horrendos; así que, como no habíamos que lo divulgase, sólo eran conocidos por los autores y sus familias ignorados por los demás.
Sin embargo, esos mismos periódicos, que todo lo dicen, han contribuido con los relatos y protestas de los hechos censurables al dar que con los elogios de las acciones nobles, despertar en nosotros las más elevadas sentimientos, y en nuestro proceder la conducta más recta. Merece a ellos, en vez de las partidas de ladrones que antes se formaban, se forman hoy sociedades contra la inmoralidad; en vez de matarse unas familias a otras se agrupan todos para formar sociedades de socorro mutuo; en vez de sostener la holganza dando a los obreros sopa de conventos, se les busca y facilita trabajo para que no pierdan la práctica de esta virtud, y últimamente, en vez de mirar impasibles los abusos de un ministro ambicioso, se censura castiga (dígalo el aserto Panamá) a todo el que falta y se fascinan los actos del mismo rey.
Gracias al benéfico influjo del periódico, se ha educado el pueblo en la práctica de las leyes y en el uso de sus derechos, y por este medio hemos conseguido en nuestros días, sin la menor perturbación, lo que no pudiéramos obtener nuestros padres con todas las revoluciones de la primera mitad del siglo; esto es, el establecimiento de todas las libertades modernas; siendo lo más sorprendente que se hayan realizado estas conquistas con una paz octavina.
En menos de cincuenta años hemos pasado de la condición de esclavos en que nos tenían los aduladores de Fernando VII, a la más completa libertad política, y la noble nación española no tiene ya nada que envidiar a los pueblos más cultos y liberales del mundo, porque entre otras cosas ampara bajo sus leyes la seguridad personal, la inviolabilidad del domicilio, la libertad de imprenta, la libertad de asociación, la libertad de enseñanza, el jurado elevado a la categoría de legislador y el sufragio universal.

MATEUSILLO.

NUEVA ESPOLETA

El joven teniente D. Alfredo Gómez, de la Planta Mayor Facultativa del ejército mexicano, ha inventado una espoleta percutente retardatriz, que, si como se espera y lo dirán las experiencias próximas a verificarse, da buen resultado, prestará grandes servicios al arte militar.
Con las espoletas actuales un proyectil reventaba en el mismo momento en que chocaba contra cualquier objeto resistente: los casos se perdían en el aire y el efecto destructor no es muy poderoso.
La espoleta Gómez tiene en la masarota una ranura helicoidal llena de pólvora de carga fina. En el momento en que el proyectil choca contra algún cuerpo resistente, la pólvora de la ranura comienza a arder; pero el fuego no se comunica a la carga interior de la granada, sino hasta que ésta ha penetrado cierto espacio en el muro o mazo del parapeto. Entonces reventará y produce el efecto de una mina.
Las espoletas han sido construidas en la fábrica de armas de México, y las experiencias se verificarán en estos días.

